

La Antropología Social en la Universidad Nacional de La Plata.

Roberto R. Ringuélet

Aquí, con el acto inaugural del Quinto Congreso Argentino de Antropología Social, estamos conmemorando un evento académico más de la Antropología Social.

No hace mucho tiempo se inició esta serie de congresos, en los albores de la restauración democrática. Para nosotros, los que nos reconocemos como Antropólogos Sociales y como tales somos reconocidos por los otros profesionales, este acto es un festejo. Una fiesta en la cual quiero realzar la importancia de lo que hacemos y señalar que estamos en pleno proceso de consolidación de la disciplina. Quiero poner en foco algunos aspectos básicos de aquello que somos, de aquello que constituye nuestra identidad. Un festejo que, como tal, comporta un sentimiento, se trata de una historia vivida, sentida con alegría y a la vez con el recuerdo hondo de los jóvenes que murieron hace veinte años en un período que escinde y fragmenta nuestra corta historia disciplinaria. El eco de su existencia forma parte ineludible de nuestra tradición académica.

Festejar una tradición es, para nosotros, rememorar un pasado y la voluntad de cimentar la historia del presente proyectada hacia el futuro.

La Antropología Social nacional es la suma de dos períodos relativamente cortos con un período intermedio de latencia. Nacimos como disciplina propiamente dicha, como entidad académica mas o menos reconocible, en los años 60, quizás en los años 50 de manera puntual.

Entonces en La Argentina existía una etnología, una etnografía, el folklore.

El estudio del presente era la excusa de mirar hacia el pasado y la interpretación de este, como se sabe, se hacía preferentemente bajo marcos teóricos del siglo XIX.

Si tenemos algunas leyendas; no alcanzamos a tener hasta ahora héroes civilizadores en nuestra Antropología Social. No hemos alcanzado aún el tiempo necesario de elaboración. El caso es que se trata de una historia de gente en actividad. De historias de vida y no de una historia documental.

Los inicios profesionales de un grupo de jóvenes graduados y de estudiantes avanzados de los años 60' (entre los que me incluyo), interesados en los aspectos "sociales" o "culturales", sea en La Plata, Buenos Aires o Rosario, no constituían un solo grupo solidario pero sí un círculo académico fuertemente marcado, pues se establecía un contraste respecto de las actividades hegemónicas de los respectivos centros donde reinaba la arqueología, el folklore, la etnología de corte histórico cultural. Ellos, junto a unos pocos profesores dieron vida a la constitución de un espacio social y un tiempo paradigmáticos para comprender el surgimiento de la Antropología Social en La Argentina.

Comienza y se desarrolla una actividad antropológica social evidente, que fué creando un estilo profesional específico. Se comenzaron a realizar cursos específicos, tanto universitarios cuanto extrauniversitarios, fueron apareciendo publicaciones, se hicieron foros de discusión y se fueron planteando investigaciones. Un aspecto resaltante, fué el diálogo constante con las disciplinas afines de las Ciencias Sociales. De todo esto, derivó la consecuente "legalización disciplinaria". Se suman al proceso graduados llegados al país con cursos de perfeccionamiento en el exterior.

Creo que nuestro pasado constituye un fenómeno sociohistórico notable, pues fuimos construyendo una disciplina en poco tiempo y fragmentariamente. Las mismas dificultades y la complejidad de los procesos que confluyeron hacia el nacimiento de la disciplina, su origen heteróclito y desordenado, fué el mismo núcleo del que surgió nuestra fuerza. La circunstancia, nos obligó a transitar un proceso de aceleración y actualización histórica.

Nosotros, no podemos establecer la continuidad con un pasado inmediato cultural-funcionalista, que haya sido un basamento intermedio entre las teorías modernas de la Antropología y el transfondo teórico del siglo XIX, como ocurrió a nivel mundial en varios países. Este horizonte fué, en La Argentina, muy endeble; rescatable en antecedentes de los años 50' o anteriores, pero muy delimitados. Fué en la década de 1960 cuando, a partir de diversas experiencias regionales, irrumpe desordenadamente algo que se fué nombrando

como Antropología Social. Se trataba de un conjunto de teorías confusamente mezcladas, de grupos de estudio, de las primeras cátedras, de las primeras investigaciones. Nacimos en lucha y nos reconocimos en su transcurso. Sea cubriendo vacíos académico, sea a través de confrontaciones críticas, en los márgenes de las instituciones y, a veces, entrando por algunas puertas que se nos abrieron. Fueron poco más de diez años de desarrollo, de crecimiento sostenido en el que la comunidad antropológico social quiso fundar un campo cultural específico. Fué sobre su etapa final que comenzó a tomar forma una producción antropológica en expansión, pero muy pronto abortada en su continuidad.

En adelante no podemos decir que la Antropología Social desapareció, pero vista en conjunto entró en una situación de latencia.

Nuevamente, con la restauración democrática, no tuvimos que recorrer el camino inicial, pero hay esperas, demoras necesarias, el tiempo mínimo para la construcción de espacios académicos.

Hablaba de lo notable que fué aquel primer período, a partir de la actividad regional en Buenos Aires, en La Plata y en Rosario. En estos dos últimos lugares se había iniciado una actividad docente pionera.

Esta época, dejó la herencia imborrable de un quehacer ejemplificador, que nos señaló un camino y nos marcó un estilo que, de una u otra manera estamos repitiendo. Fíjense que ya entonces, se delineó el estilo disciplinario que caracterizaría, aún hoy, creo, a la Antropología Social argentina.

Se construyó así un sesgo disciplinar característico, que es la apertura heterodoxa hacia las Ciencias Sociales, derivada de las búsquedas teóricas iniciales de la Antropología Social que se sumó al trasfondo holístico de la Antropología General.

Tanto en La Plata cuanto en Buenos Aires y Rosario, se cumplió un proceso de mestizaje intelectual, pletórico y desordenado que abrevaba en la Sociología, en la Economía Política y en la Comunicación Social, junto a prácticas políticas que se encontraban en el antiimperialismo.

Otra característica reiterada fué la búsqueda de la inserción en *prácticas transformadoras* y, ampliamente, en una necesidad de *protagonismo social*. Lo que podemos vincular a la fuerte inserción original de la disciplina en la reflexión y en la práctica política. Ambas directamente ligadas al contexto académico y social general que nos tocó vivir.

La Plata, ha sido un sitio en donde la Antropología Social tuvo un crecimiento

sostenido, a partir de la instauración de una de las primeras cátedras específicas. Es compleja la circunstancia histórica que enmarcó este hecho. Hubo entonces una relativa apertura hacia el cambio académico, conjunción de varios factores que sería muy demorado analizar en esta ocasión.

A mediados de los años 60, llega el Profesor José Cruz a partir de las gestiones del Profesor Rex Gonzalez. Es un flamante egresado de Rosario que ya había dictado un curso de Antropología Cultural en Córdoba y traía el bagaje de una Antropología Funcionalista moderna. Fué nuestro primer profesor de la materia Antropología Social, optativa en el plan de estudios de entonces.

Cuando el Profesor Cruz se va de la Universidad por el golpe militar del 66, un grupo de alumnos avanzados (preocupados a su vez en la reformulación de un plan de estudio con orientaciones), gestionamos la incorporación del Profesor Mario Margulis en el cargo vacante, quien era un joven graduado en disciplinas de Economía y Sociología en Buenos Aires. Margulis fué admitido en el claustro profesoral de la época y acompañó la búsqueda teórica de los alumnos y la ordenó en el marco comprensivo del conjunto de las corrientes antropológicas - y ampliamente de las Ciencias Sociales - del momento, desarrollando la Antropología Social en el Museo (como habitualmente denominábamos a la Facultad de Ciencias Naturales y Museo) y en Humanidades (o sea en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación).

En el transcurso de los 80, renacimos con una multiplicación de actividades que permitió, en pocos años, reconstruir un sendero profesional muy firme. Quizás en función de las ansias y necesidades de llegar a una meta, esta etapa fué matizada por una gran preocupación por las cuestiones metodológicas y epistemológicas de la Antropología. Pero nos queda camino por recorrer. Veo una gran fuerza en nuestros grupos profesionales, pero carencias importantes de organización académica; más ampliamente en la falta de elaboración de un campo cultural específico y de una base económica organizativa que lo sustente. Creo que, en gran medida, esto está ligado a circunstancias directamente derivadas de las eventuales transformaciones del sistema universitario y en general del sistema educativo y de investigación.

No existe la necesaria estabilidad de una carrera del docente investigador, ni se ha hecho una razonable reconstrucción de base institucional que flexibilice la rigidez actual del sistema de docencia universitaria y, en general, de las instituciones de investigación.

(universitarias y vinculadas, como la de los institutos de investigación). En consecuencia, no se ha generado, aún, la consecuente organización de la formación de posgrado, ni instancias que armonicen la creación y el control cultural en nuestro medio.

Pero de eso se trata, de una labor disciplinar esencialmente dinámica, y esto es algo en común que tienen aquellos sesgos que fuí indicando; su sentido expansivo, esa vivencia constructiva, creadora, que nos dá la experiencia de la Antropología Social.

